

Recuérdese, en fin, su rotunda determinación: «Había que largarse de allí, a ser posible tan rápido como un personaje de *thriller*». Y asóciense estas palabras con esas otras, ya citadas también, que se dice Manuel, el protagonista de *El jinete polaco*, acerca de que «si hay algo que no quiere ser es extranjero», ya que, «por más que quiera uno tiene un solo idioma y una sola patria, aunque reniegue de ella, y hasta es posible que una sola ciudad y un único paisaje».

Por la fecha en que fue publicado *El jinete polaco*, el sentimiento que expresan estas palabras era generalizado. Y venía a potenciar dos sospechas. La primera: que la «normalización y puesta al día de la vida literaria española» se produjo al precio de un desarraigo que había de comportar, casi fatalmente, una reacción. La segunda, ya antes sugerida: que a esa tarea habían de apuntarse no pocos escritores en los que la mimetización de modelos foráneos, adoptados a menudo acrítica y precipitadamente, dio lugar a planteamientos inconscientes y precarios, en los que Nora Catelli diagnosticaba «efectos paradójales: neocasticismo que no reconoce sus fuentes; neocostumbrismo urbano que, como prescinde de solteras, beatas y campesinos no admite que sigue utilizando los mismos ritmos, los mismos esquemas de representación, las mismas coordenadas espaciales que los ruralistas; neomelodramas en los que hombres desesperados se redimen y mujeres desconcertadas se encuentran a sí mismas».

Como fuere, la cuestión es que en todos los casos el «corte sin precedentes con la tradición» ha terminado por resolverse de un modo menos traumático de lo que parecía a comienzos de los 90. Muchos, como ilustra *El jinete polaco*, acabaron por reconocer en esa tradición negada su propia voz, regresando a ella como hijos pródigos. En tanto que otros, como ocurre con el protagonista de *Corazón tan blanco*, fueron alcanzados casi fatalmente por sus ecos, agazapados en los pliegues mismos de la lengua en la que, en definitiva, se expresaban.

11. El narrador y protagonista de *Corazón tan blanco* es «un hombre que prefiere no saber», pero que por deformación profesional no puede resistirse a prestar oído a cuantas palabras escucha. Son esas «traducibles palabras sin dueño, que se repiten de voz en voz y de lengua en lengua y de siglo en siglo», las que le imponen el conocimiento de su pasado. Muy distinto es el caso de Manuel, el protagonista de *El jinete polaco*, quien, como se ha visto, después de sumergirse apasionadamente en su pasado, siente que «por primera vez en mi vida soy yo quien cuenta y no quien escucha», y concluye: «Ahora es mi voz la que escucho».

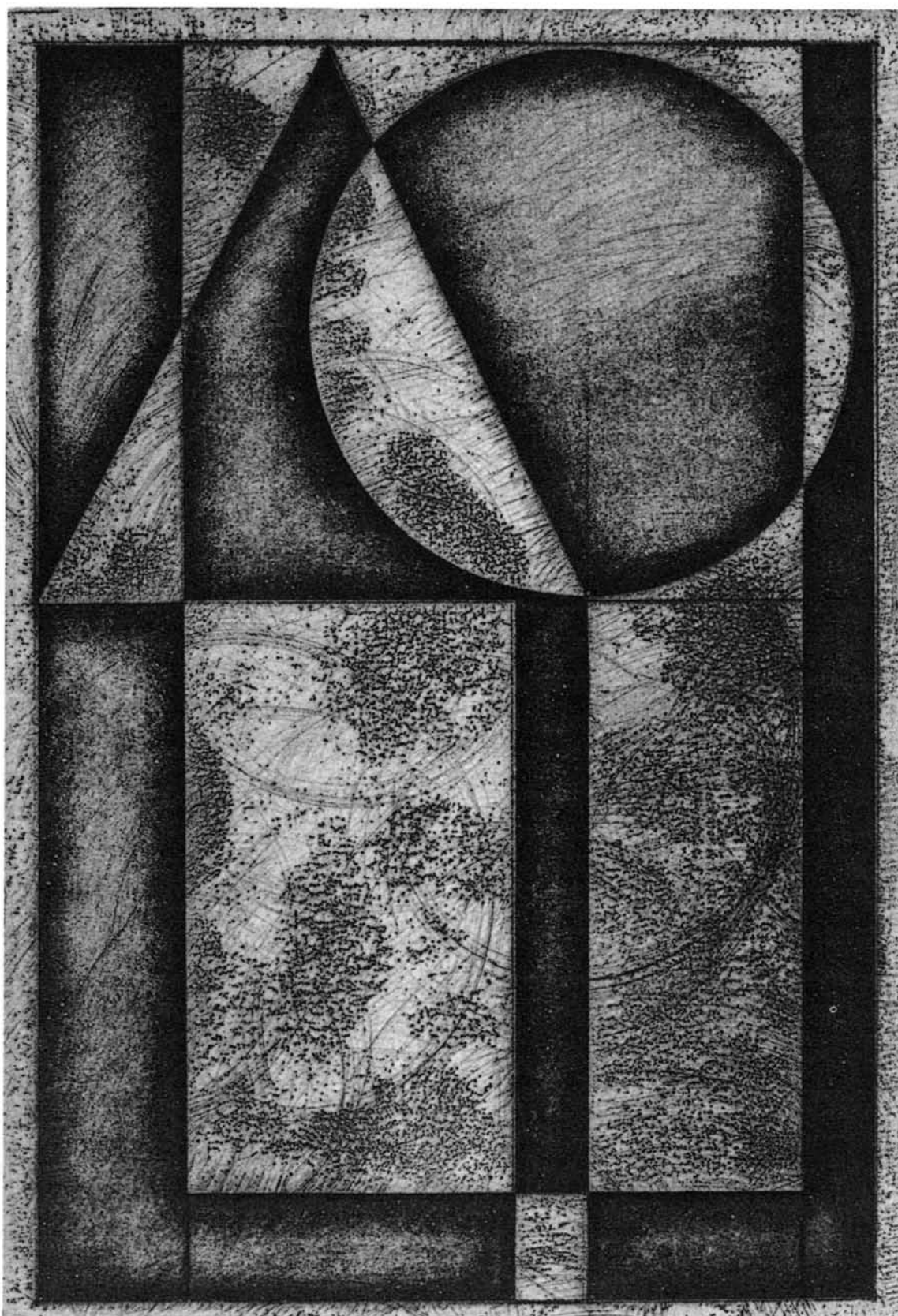
Intérpretes los dos de profesión, movidos por su oficio a pasar largas temporadas fuera de su país –fuera de España–, los protagonistas de estas dos

novelas convergen en un mismo conocimiento: el carácter insoslayable de la herencia. Es importante, sin embargo, calibrar de qué modo tan distinto acceden a la misma, y con qué actitud lo hacen, para sacar las debidas conclusiones acerca del alcance real de esa «normalización y puesta al día» que Javier Marías invocaba como tarea y logro de su promoción. Y es que a menudo tiento sospechar que, por parte de no pocos narradores de los 80, todo se resolvió en una operación de escaparate, en una *tournée* cosmopolita de la que se trajeron postales y *souvenirs* y algunos prospectos, pero al regreso de la cual todo volvió a su cauce, es decir, se siguió trabajando conforme a los parámetros más al uso en la narrativa española, el realismo más o menos costumbrista y el preciosismo más o menos lírico, sin prestar apenas atención a los flecos más críticos o marginales de la tradición hegemónica.

Antes que para cuestionar o complicar los valores de la tradición propia, el mestizaje de los 80 sirvió en no pocos casos para homologarla y legitimarla, haciendo desaparecer los complejos y los prejuicios que pudiera suscitar, afianzándola en sus virtudes y en sus limitaciones. O bien pres-tándole nuevos atavíos. Muy pocos de los nuevos y no tan nuevos narradores se acercaron a la tradición desde una perspectiva ampliada, que les permitía reordenar sus valores dentro de un sistema global de referencias en los que cobraran otra dimensión. En los mejores casos –como el de Marías– lo que ocurrió fue, simplemente, que la propia dinámica de su trabajo hizo emerger un conjunto de ecos, un mundo de referencias cuyo lastre se aligeraba en proporción a la profundidad alcanzada en unos planteamientos literarios abstraídos de todo localismo.

12. Pero acaso la cuestión está mal planteada desde el principio. Hechas las consideraciones anteriores, cabe preguntarse si el problema no reside en que se han empleado términos prestigiosos para designar categorías subsidiarias. Si cabe plantear la cuestión de la tradición sin depurarla arduamente de cuanto en ella se confunde con la simple convención. Y del mismo modo, si es posible plantear la cuestión del mestizaje sin depurarla antes de cuanto, en el fondo, hay en ello de simple colonización cultural.

En el mismo sentido, la invocación de cosmopolitismo que durante tanto tiempo ha servido de amuleto contra las asechanzas del casticismo, ¿no ha derivado en buena medida en vulgar internacionalismo? Esa «nueva biblioteca» por cuya constitución, al decir de Nora Catelli, se propició, en años pasados, un mestizaje «libresco, anacrónico, a veces inquietante», ¿no es, cada vez más, la versión local de un canon multinacional, establecido conforme a los criterios de lo políticamente y culturalmente correcto? Habría que indagar en la biblioteca de los más jóvenes narradores españoles para dar una respuesta concienzuda a estas preguntas. Pero hay indicios para sospechar que es así.



Si hay que tener